

D. JUAN DIÉGUEZ.

LA GARZA.

¡Oh tú de la onda immaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmóvil y límpida,
Cual si te hubiesen cincelado en jaspel!

El destino á tus playas solitarias
Condújome tal vez porque te cante,
Y mustio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte he misero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
De mansedumbre y de dolor imagen,
Plegado al pecho el serpentino cuello,
Y el pico entre los límpidos cristales;

Ora remando en compasado vuelo,
Cual blanca navecilla de los aires,
Al céfiro agitando con tus alas,
Como á la onda los remos de la nave;

Ora en las ramas del ciprés obscuro
Á la Hada entre las sombras semejante,
Vengas á oír en soledad sombría
Los últimos murmullos de la tarde.

D. JUAN DIÉGUEZ.

LA GARZA.

¡Oh tú de la onda immaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmóvil y límpida,
Cual si te hubiesen cincelado en jaspel!

El destino á tus playas solitarias
Condújome tal vez porque te cante,
Y mustio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte he misero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
De mansedumbre y de dolor imagen,
Plegado al pecho el serpentino cuello,
Y el pico entre los límpidos cristales;

Ora remando en compasado vuelo,
Cual blanca navecilla de los aires,
Al céfiro agitando con tus alas,
Como á la onda los remos de la nave;

Ora en las ramas del ciprés obscuro
Á la Hada entre las sombras semejante,
Vengas á oír en soledad sombría
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,
Espléndida azucena de las aves,
Más bella que la espuma del torrente
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,
Más pura que la nieve deslumbrante,
Émula silenciosa de los cisnes,
¡Salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la armonía
Te cerró tus nectáreos manantiales,
Que sacian á sus tiernos ruseñores
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió naturaleza artista
En tu propia mudez bello lenguaje:
De dolor te formó viviente estatua,
Como á esculpirla no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró más dulce y manso
Su elegiaca expresión tan penetrante;
Tu actitud modeló *melancolía*,
Inocencia te dió tu albo ropaje.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
Como sembrada en la anchurosa margen?
¿Nuevo Narciso en el cristal contemplas,
Por ventura, el albor de tu plumaje?

¿Ó en dolorosa soledad el duelo
Haces, tal vez, de tu perdido amante?
¿Ó de la tierna devorada prole
Que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?
¿Comprendiste mis votos y mis ansias,
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta,
Oculto se te acerca entre los sauces...
¡Ay de tí!.... ¡Ya te apunta.... ya la muerte!
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,
Las ondas salpicando el plomo cae,
Vuelas tú, yo respiro, y el estruendo
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
Tus blancas plumas que en el aura esparce,
Que un breve instante en el espacio giran
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos:
Óigalos siempre así, siempre te guarde;
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero
De feroz cazador, tal vez más tarde
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo, leve juguete del destino
Cual la hoja de sañudos huracanes,
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,
Yo, pobre alción en agitados mares,

Yo, de tu lago vagabundo huésped
He de faltar también, tal vez más antes;
La última sea acaso que mi planta
Huelle la florecilla de esas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
Huyendo vaya de la ley del sable,
Si estas montañas de la paz asilo,
También atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda
Dónde la suerte nos echó inconstante?
¿Qué fué de la garzota inmaculada;
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago
Vagaba un tiempo al declinar la tarde;
Que en las someras raíces se asentaba
De este frondoso y corpulento amate;

Ó en lo más alto de las altas cumbres
Por la ancha brecha que los montes parte,
Allá en el horizonte delineados,
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves
Que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él borrados de la leda estancia,
Ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,
Sus auras puras, su fragancia suave,
Sus armonías, sus murmullos vagos,
Su dulce paz, su soledad amable:

Con su torrente que espumantes masas
Bramando arroja por los vagos aires,
Á la profunda y peñascosa sima,
Donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,
Unas sobre otras, amagando al valle,
Hórridas, por allá, desnudas y áridas,
Del alma impía desolada imagen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,
Aprisionados en floridos lazos
Que hacia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,
Donde se pinta encantador paisaje,
En bella confusión, el llano, el monte,
Las blancas nubes, y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos
Su blanca flor sobre las ondas abre,
Allí las algas el cristal matizan,
Y allí rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañuela humilde,
Abovedando sus flexibles haces,
Risueñas grutas de verdor ameno
Labra en el aire al cefrillo amante.

De entre la selva, por amor de la onda,
Medrosos ciervos á la orilla salen,
Y en la frescura de las claras linfas
La sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan
La estiva siesta las charleras aves;
Y algún gemido solamente se oye
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,
La faz rizando del sereno estanque,
Y al caer la tarde, á la ribera vuelve,
Donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,
Que con sus ramas los cristales barre,
Custodio eterno de las linfas puras,
En donde baña las desnudas raíces.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
Muy lejos siempre del peñón gigante,
Que las nubes del trueno y del granizo,
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz, como á cincel grabada
Ve el viajador desde la opuesta margen,
Y aquellos mustios solitarios sitios
«Las playas de la cruz» oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
Las negras peñas en silencio lame,
Bajo la triste sombra de una selva
De impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula
Que allí una joven infelice madre,
Soltó por caso á su adorado niño,
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña
Aun manchas guarda de indeleble sangre;
Que en el silencio de la noche se oyen
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,
Cual blanca niebla sobre la onda errante,
Suele á la luz de las estrellas verse
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,
Cuando á salir convida el aura suave,
En las cálidas noches del estío,
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no más que las ardientes quejas
Que al astro envían las nocturnas aves;
El melancólico incansable grillo,
Que al bosque aduerme con rumor constante;

El manso viento que en las altas cumbres
Murmullo blando entre los pinos hace,
Como corrientes de lejanas aguas
Que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,
La mansa res cuando la hierba paze,
Ó el monótono golpe del torrente
Que alguna vez los céfiros me traen:

Vagos rumores de la triste noche,
Que en la dormida soledad se esparcen,
Encanto de las almas melancólicas,
De los misterios de la noche amantes:

Eso no más oí, ni apariciones
Jamás he visto por ninguna parte,
Si no eres tú, que cual benigno genio
Del lago, siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
Largo vivir sin inquietud te guarde
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

Á MI GALLO.

¡Oh, canta! canta al fúlgido lucero,
Joya del alba y de la noche orgullo;
Tú, de mi humilde hogar canoro huésped,
De la mañana y del lucero nuncio!

¡Oh, canta, sí! que en mi febril desvelo
Escucho con placer tu acento agudo,
Yo, que cual triste y moribunda lámpara,
En mísera dolencia me consumo.

El mustio sueño, de la muerte imagen,
Reina entre sombras de espantoso luto,
Y apenas alentar la vida siéntese
Entre vagos y débiles murmullos;